

(TRES PLIEGOS)



HISTORIA
DE LA HERMOSA
DE
LOS CABELLOS DE ORO.

ORIGINAL DE D. F. B.

Madrid.

IMPRESA DE D. JOSÉ MARÍA MARÉS, PLAZUELA DE LA CEBADA, NÚM. 96
1861.

(TRES PLIEGOS)



HISTORIA

DE LA HERMOSA

DE

LOS CABELLOS DE ORO.

ORIGINAL DE D. F. B.

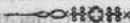
— HONORABLE —



IMPRESA DE D. JOSÉ MARÍA BARRÉS, PLAZA DE LA CRUZ, N.º 10

1881

DE LOS CABELLOS DE ORO.



LA LUZ DEL CASTILLO.



omo á dos leguas de uno de los primeros puertos que se encuentran en la costa de Cantabria, levantaba muy majestuosamente sus elevados torreones un soberbio castillo. Este se hallaba defendido del mar por unas enormes rocas, que imposibilitaban del todo el arribo de ningun buque, y mas de una familia tuvo que llorar la pérdida de padre ó esposo, hermano ó hijo, cuyo barco fue á estrellarse contra aquellas escarpadas masas.

Por la parte de tierra se dirigia al mismo por un camino como de seis varas de ancho. Enormes peñascos le defendian á derecha é izquierda, por lo que mas parecia un conducto que otra cosa. Al fin de este, que tendria de largo como de un cuarto de legua, se veia una puerta de hierro de una hechura particular.

Era imposible acercarse al castillo por ningun otro sitio que por el designado, á causa de los mil precipicios de que estaba rodeado.

En la época en que ocurririan los acontecimientos que vamos á narrar, que era por el año 150..., corrian por aquellos alrededores noticias tan raras acerca de ese castillo, que cualquiera diria que eran extraordinariamente exageradas. Empero tantas y tan diferentes versiones se hacian, que era un laberinto, del cual muy difícil parece que ningun mortal pudiera salir.

Era una tarde del mes de mayo, citando el sol empezaba á declinar. Veíase á veinte pasos del camino que terminaba al referido castillo, á tres personas. Dos de ellas, vecinos del pueblo inmediato, se hallaban escuchando, al parecer, lo que les preguntaba otra tercera, que montaba un lujoso y soberbio alazan.—¿Me dirán ustedes en qué sitio me encuentre?—En el término de los fantasmas, contestó uno de los dos aldeanos.—¿De los fantasmas? repuso el caballero.—De los fantasmas, si, señor; repitieron uno despues del otro los dos campesinos. El caballero, despues de mirarlos atentamente, dijo:—¿Podéis decirme cómo se llama el pueblo inmediato?—Se llama el pueblo de...—¿Cuánto dista de este punto?—Una legua larga.—¿Habrá casa donde poder alojarme, pagando lo que sea?—Difícilmente, señor; pero no teneis que pasar cuidado, pues en cualquiera de las nuestras seréis bien admitido.—Conforme; y di...

dose al que hablaba, le preguntó el caballero: ¿Me direis cómo os llamais?—A mí, exclamó el interpetado, me llaman el Valiente; pero mi nombre verdadero es Rodrigo; este, que es primo mio, se llama Francisco.—Y bien, Rodrigo, una vez que todavía nos queda tarde, ¿me concederás la gracia que te voy á pedir?—Con mucho gusto.—Corriente; y el caballero se apeó de su cabalgadura, y sentándose sobre la yerba, que era fresca y espesa por hallarse cerca de aquel punto un arroyo, tomó asiento teniendo las bridas de su caballo. También se sentaron los dos labriegos; y esperaron con mucha curiosidad lo que les iba á preguntar aquel caballero. Este, despues de un momento de silencio, le interrumpió diciendo:

—Yo soy natural, segun parece, de Castilla. No tengo ni padres ni parientes conocidos, y aunque cada me ha faltado para atender á mi subsistencia con toda comodidad, sin embargo, esto de no poder indagar quiénes eran los que me favorecian, me ponía de un humor desesperado. Crecí, y conmigo los deseos de saber mi nombre... mi apellido. Cuéto veinte y cuatro años de edad. Cuatro hace que no hago otra cosa que viajar. Dejo al acaso la direccion del camino que he de llevar. Si en mi marcha tropiezo con dos ó mas veredas ó atajos, mi caballo toma el que mejor le parece, y me dejo conducir. Como jóven aventurero, no anhelo otra cosa mas que oír historias, cuentos, lances y desafíos, y ésta es la causa de que al escuchar el nombre de este sitio oscitase en mí una curiosidad sin limites, y os pidiese el favor que ahora mismo os voy á esplicar. Me habeis dicho que este terreno se llama el de los fantasmas, ¿no es así, Rodrigo?—Cierito, caballero.—Decidme: ¿y para bautizarle con ese nombre, ¿no ha habido alguna aventura que haya sido la causa de ello?—Sí, señor; y pavoros se miraron los aldeanos:—¿Os infundo miedo? ¿Desconfiais de mí?—Nunca. Al notar en nosotros este estado de temor, de sobresalto, no creais que nos los infunde vuestra noble y agraciada presencia. No, señor. Es que pasan por estos alrededores lances y aventuras tan sobrenaturales, que temblamos al recordarlas.—Mucho me interesa cuanto me habeis dicho; este es el pais, segun parece, destinado por la Providencia para ser teatro, segun contais, de escenas, á la verdad, sorprendentes. Con que, si no lo llevais á mal, empezad la relacion de lo que os he pedido.—Así lo haré, dijo Rodrigo; y se espresó de esta manera: otto nunqu' noq ollitaz la gersorez el d'ozqmi stá

—Muchos años hace que en el centro de aquellos árboles, inmediatos al pueblo, existia una modesta casita. La habitaba un anciano y una hija, que era tenida por la mejor y mas linda de la comarca. Esta era obsequiada por un caballero que hacia poco tiempo se habia establecido en el pueblo. Lo cierto es, que pasados algunos meses, el caballero, que se llamaba Gustavo, se iba desmejorando terriblemente. En el pueblo ya se decia si habian visto ó no fantasmas rodear la casita del anciano, cuando una noche sentimos un ruido igual al producido por el choque de un número ercido de espadas. Este duró como una hora escasa, en cuyo tiempo ninguno del pueblo se atrevió, no solo á salir de su casa, sino ni aun á asomarse á la ventana. Luego cesó, y á pesar de todo nadie durmió, y se encomiendo cada cual al santo que mas devocion tenia. Amaneció, y con asombro vimos á Esteban, el mejor y mas valiente de los mozos, que yacia tendido en medio de la plaza y sin esperanzas de vida.

Divulgase la noticia entre los vecinos, y todos acuden en union con el alcalde. Su estado nos conmovió: de vez en cuando se le oia decir entre dientes: fantasmas!... almas del otro mundo, ¿no me persigais!... ¡perdonadme!... ¿no me mateis!... ¿qué tengo hermanas y madre, y van á quedar desamparadas!... ¿no hay quien me socorra!... Luego gritaba: ¡ahi estan la semi-

radlas!... ¡miradlas! ¡que me clavan un puñal!... ¡yo muero... misericordia... Se... ñor!

En tan lastimoso estado siguió por algunas horas: al término de ellas, en un ataque, que fue mayor que los demás, padeciendo horriblemente, espiró entre los llantos y suspiros de cuantos presenciámos tan lastimosa escena.

Aquí hizo alto Rodrigo y pasó un pañuelo por el rostro para limpiar el sudor y lágrimas que por él corrían.

—Prosigue, le dijo el caballero.

—Por mandato del señor alcalde, se armaron algunos de espadas y garrotes, y todos temblando, por supuesto, emprendimos la marcha hacia la casita de campo. Próximos al sitio, en aquella esplanada que se divisa entre el pueblo y la quinta, nos encontramos al caballero Gustavo muerto. Tenía siete heridas, mutilados los miembros y desfigurado el rostro. Continuamos y llegamos á la casa, llamamos, dimos voces, nadie nos respondió. Entonces el alcalde intimó al orden de echar la puerta abajo y entrar; pero nadie le obedeció; cuando de pronto oímos el ruido sordo producido por un número excesivo de cadenas: Solo una voz se escuchó: «*Dios nos ampare!*» Y emprendimos á correr en dirección del pueblo. Esta es la hora que nadie ha sabido quien dió aquella voz.

—Espárciose por las familias cuanto había pasado, y todos se intimidaron. Llegó la noche, y al dar el reloj las doce, nos despertó un ruido tan grande y fuerte que no tiene comparación con el producido por un trueno. Como la explosión traía la misma dirección que el choque de armas de la noche anterior, todos nos sobrecogimos, y desvelados estuvimos esperando el día. Llegó, y nadie se atrevía á salir de su casa á ir á averiguar el hecho de la verdad: entonces yo me decidí y marché para el referido punto. El caballero Gustavo había desaparecido, como igualmente la quinta, pues el sitio que había ocupado estaba llano como la palma de la mano. Vuelto al pueblo, referí cuanto había pasado, y de esa época dimana el que se me dé el sobre nombre de Valiente.

—Y lo acreditásteis, ¡vive Dios! dijo el caballero sonriéndose.

—En este tiempo había anochecido. Francisco no hablaba, no hacía más que observar con la boca abierta cuanto relataba su primo.

—Por cierto que me ha gustado tu narración, y es positivo que hubiera dado mi caballo por haberme hallado en tu lugar. Algo más habreis descubierto. Sin embargo, replicó Rodrigo, ocasión tendreis si permanecéis algun tiempo entre nosotros de averiguar cosas que pasan, quizá un poco mayores que las que acabó de referir.

—¿Cómo es eso, Rodrigo?—Silencio, exclamó Francisco poniéndose en pie. *Sálvese el que pueda*, y escapó corriendo en dirección del pueblo, inmediatamente le siguió Valiente, el que en la presente ocasión desmintió el nombre que en otra alcanzara.

El caballero gritó: Rodrigo, ¡qué has visto?

—Este contestó sin dejar de correr: *La luz del castillo*. Montó á caballo el jóven, observó por todas direcciones y nada vió. Ansioso por que le contasen la causa de aquel asombro, picó espuela para alcanzar á los fagitivos.

—Por mandato del señor alcaide, y todos tendidos, por algunos capitanes de marcia hacia la casita de campo. Pároximos al sitio en a media española que se divide el río y la quinta, nos encontramos al caballero Gustavo muerto. Y en las matas por los miradores y destruido el castro. Continuamente el joven caballero, que estaba en lo mejor de su edad, y que contaba, como él dijo, veinte y cuatro años, era de una estatura alta, carnes regulares, proporcionadas a su talla, moreno, ojos negros y grandes, frente espaciosa, pelo negro, el que le cubría formando bucles sobre sus hombros; por último, tal era el conjunto de facciones y galas con que la naturaleza le había favorecido, que pasaba por un hermoso y apuesto caballero. Manejaba con destreza toda clase de armas, y tenía un corazón tan varonil, que nunca llegó a intimidarle, ni el nombre de un valiente, ni los azares, y mucho menos los peligros ni los aparecidos, que en la época á que nos referimos eran el bñ de nuestros sencillos antepasados.

LOS FANTASMAS.



El joven caballero, que estaba en lo mejor de su edad, y que contaba, como él dijo, veinte y cuatro años, era de una estatura alta, carnes regulares, proporcionadas a su talla, moreno, ojos negros y grandes, frente espaciosa, pelo negro, el que le cubría formando bucles sobre sus hombros; por último, tal era el conjunto de facciones y galas con que la naturaleza le había favorecido, que pasaba por un hermoso y apuesto caballero. Manejaba con destreza toda clase de armas, y tenía un corazón tan varonil, que nunca llegó a intimidarle, ni el nombre de un valiente, ni los azares, y mucho menos los peligros ni los aparecidos, que en la época á que nos referimos eran el bñ de nuestros sencillos antepasados. Llamábase Fernando, y por sobre nombre el *Desconocido*, título que le daban porque no se conocía su familia.

Llegaron los tres á la casa de Rodrigo, y despues de haberse sentado, el joven, impaciente, se dirigió á él y le dijo:

—Tranquilos y algún tanto repuestos del cansancio, debido á vuestra precipitada fuga, espero me sacareis del estado de incertidumbre en que me encuentro.

—Caballero, como extraño en este pueblo, no conocéis sus cercanías, ni estais en los pormenores, bastante serios por desgracia. La luz del castillo que hace poco oísteis pronunciar, revela tan grandes aventuras, y hechos tan sumamente extraordinarios, que es seguro se podría escribir un grueso volumen. Esto no es decir que todo cuanto se refiere sea cierto; pero desengañaos, caballero, algo de fatídico y de verdad se trasluce en medio de tanto como se relata. Lo que hay de verídico es que una noche se quedaron en el campo á dormir dos labradores vecinos nuestros, y dejándose oír el lejano rumor de los truenos, precursores de una tormenta, se acogieron á la concabidad que formaban unas enormes piedras á la derecha del camino, que estaba á poca distancia donde esta tarde nos encontramos. La tormenta se les echó encima, y empezó á caer á torrentes el agua, acompañada de un viento tan excesivo, que al dia siguiente se encontraron algunos arboles tronchados por su centro. Guarecidos como se hallaban, encendieron una hoguera en el centro de su cueva y dispusieron su cena. Ya habian concluido, y disponíase á recostarse en el suelo, cuando á pocos momentos sintieron un gran número de personas que se acercaban. Asomóse uno de ellos, y, pásmese usted, caballero, se encontró con una infinidad de luces que las llevaban un sin número de hombres, dije mal, de fantasmas a cab llo. Entonces llamó al otro, y apretando sus manos, sin respirar para no ser sentidos, estuvieron observando cuanto pasaba. Los forasteros siguieron por el camino y entraron, segun dijeron, por el espacio que mediaba entre dos grandes piedras. Pero lo pasmoso no es eso, sino que en el cen-

tro iba una mujer jóven, y tan hermosa, que si no hubiera sido por los fantasmas, diríase que era una divinidad, y cuentan que los fantasmas la tenían tal respeto, que no hacian otra cosa sino mirarla por si algo les mandaba.

—¿Y se la ha visto alguna otra vez? preguntó interrumpiéndole el Desconocido.—Sí, señor, varias veces. Nosotros la llamamos *la Hermosa de los cabellos de oro*, por lo dorada y preciosa de su cabellera. Qué lástima, caballero, que una jóven con tantas gracias sea la reina de los fantasmas, y que les dé órdenes tan terribles como las que ellos ejecutan!

—¿Y no habeis notado alguna otra cosa?—Ah, sí señor! Como hay personas tan singulares, pasmaos, no ha faltado quien se ha enamorado de ella! Y no uno, sino muchos.—¿Y cómo sabeis eso?—¿Como? Bien á nuestro pesar. Raro es el mes que por sus alrededores no se encuentre el cadáver de alguno de esos mal aconsejados amantes. En el pueblo todo circula: lo que uno no ve, lo observa otro, y en la reunion de la noche se cuenta todo.—Decidme: todos cuantos han muerto, ¿ha sido en desafío?—Unos sí, porque los han visto, de otros no podemos decir lo mismo.—¿Se ha recogido en el pueblo á alguno de ellos?—Su entierro corre por cuenta de los aparecidos.—¿Habeis presenciado alguno de esos desafíos?—Ciertamente.—¿A caballo ó á pie?—A caballo.—¿Ninguna noticia mas se ha adquirido sobre el castillo y sus habitantes?—Ninguna.—Pues con vuestro permiso me voy á descansar.

—Acompañole Rodrigo al aposento que le destinaron, y se retiró.

Luego que se quedaron solos los dos primos, tomó la palabra Rodrigo.—Dime, Francisco, qué te parece nuestro huésped?—Me parece un jóven muy bravo, muy apuesto, capaz de hacer cuanto pueda en obsequio de sus semejantes.—¿Nada mas?—Sí, preveo que será algun tai to temerario.—No te has equivocado, y es muy gallardo.—Sobre todo, ¿qué bien monta el caballo!—Así es.—¿Qué lástima, Rodrigo, que lleve una vida tan errante!—Verdad es.—Bien merecia otra suerte.—Sí, buena se la has preparado tú, aunque sin querer.—¿Como?—Ya habrás advertido que tú solo has sostenido la conversacion ó relacion con él. Pues en el interin he inspeccionado sus modos y maneras, su rostro, sus ojos, y veo que estos son el espejo de su alma. He aquí, primo mio, el por qué he sentido que hayas complacido su curiosidad. Donde le ves tan jóven y tan hermoso, tan osado será para todas las empresas que acometa. Y mucho me engaño si mañana no empieza á poner en juego su talento por descubrir lo que pasa en el castillo.—¿Qué hablas, Francisco?—Lo seguro; y tú serás responsable de la muerte de ese joven. Porque no hay la menor duda, si se empeña en llevar adelante su loco intento, su perdicion es positiva. ¿Y qué hemos de hacer en este caso?—No lo sé. Mañana veremos el medio mejor que hemos de emplear para ayudarle, caso que no le podamos disuadir. Con que buenas noches, primo.—Buenas noches.

Ya los dos se retiraban á su respectiva habitacion, cuando Rodrigo dijo en voz baja á Francisco.—¿Te has decidido á protegerle?—Sí.—A pesar de...—No lo nombres, por Dios.—*«Si que lo nombrará.»* Contestó una voz fuerte y sonora que parecia descender del desvan.

— Yo iba una mujer joven, y tan hermosa, que si no hubiera sido por los lan-
tasmas, diríase que era una divinidad, y cuentan que los fantasmas la tenían
tal respeto, que no hacían otra cosa sino mirarla por sí algo les mandaba.

— ¿Y se la ha visto alguna otra vez? preguntó interrumpiéndole el descono-
cido. — Sí, señor, varias veces. Nosotros la llamamos la Weimosa de los cabe-
llos de oro, por lo dorada y preciosas de su cabellera. Que lástima, caballero,
que una joven con tantas gracias sea la reina de los fantasmas, y que les de
que deban tan terribles como las que ellos cuentan!

III.

— ¿Y no habéis notado alguna otra cosa? — Ah, sí señor! Como hay perso-
nas tan singulares, pasamos, no ha fallado quien se ha enamorado de ella! Y
no uno, sino muchos. — ¿Y cómo sabéis eso? — Como? Bien á nuestro pesar.
Pareo es el mes que por sus alrededores no se encuentra el cadáver de alguno
de esos mal aconsejados amantes.

LA GITANA.

— ¿Y en la reunión de la noche se cuenta todo circular lo que uno no ve,
lo observa otro, y en la reunión de la noche se cuenta todo circular lo que uno no ve,
cuentos han muerto, ha sido en desafío? — Pues sí, porque los han visto de
otros no podemos decir lo mismo. — ¿Se ha recordado en el pueblo á alguno de
ellos? — Su cuartito corre por cuenta de los apariciones. — Habéis presenciado
alguno de esos desastros. — ¡Claramente! — A caballo á pie.



r. Desconocido despertó á poco de hacerlo los demas
de la familia. Saludó, como era natural, y fue contes-
tado con toda urbanidad. No bien hubo tomado asien-
to, cuando sintieron sonar una campanilla.

— ¿Qué indica ese lugubre sonido? preguntó el Des-
conocido. — Es una infeliz gitana que de ese modo im-
plora la caridad pública; pero. — ¿Que? — Pero las
desgracias de la pobre encuentran poco eco en los
ánimos de estos habitantes. — ¿Y cuál es la causa?
Porque dicen si es bruja, si tiene ó no pacto con el
diablo.

El eco producido por la campanilla se iba aproximando, cuando el Desco-
nocido exclamó: Llamadla, decidla que pase, quiero hablarla.

Al punto fue obedecido, y la gitana fue introducida á la presencia del caba-
llero. Timida, haraposa, descalza de pie y pierna, y sin nada que cubriese su
canosa cabeza, se presentó una anciana con su rostro tostado y descarnado,
igualmente que sus brazos. En ella estaba retratado el cuadro de las privacio-
nes, de la miseria y del hambre.

— ¿Cuánto tiempo hace que no os habeis alimentado? la preguntó el caballe-
ro. — Algunas horas. — Y al salir pidiendo, ¿recogéis algunas limosnas? — Son
tan pocas, que difícilmente bastan para atender á mi mantenimiento. — ¿Cuál
es la causa de que usen para con vos de tan poca caridad? — Segun he oido á
algunas personas, el ser gitana, otras el ser bruja, y otras la espia de las fan-
tasmas del castillo. — Al denotaros con este último apodo, sus razones tendran.
— No existe otra mas, que no sacando las suficientes limosnas en el pueblo, re-
corra á duras penas sus alrededores, y, como es consiguiente, el castillo, donde
dicen que existen fantasmas.

Al oír el Desconocido las últimas palabras de la gitana, suplicó que se
retirasen todos cuantos se hallaban presentes. Así lo hicieron, y convencidos
de que nadie los escuchaba, echó mano á una bolsa, y sacando de ella
unas monedas de plata, se las entregó, diciéndola: — Esta recompensa en
nada vale á la que yo os daré, si, como creo, me ayudais en lo que os ne-
cesito. — Caballero, contestó la gitana apretando convulsivamente las mone-

das como si se creyese se le fueran á escapar, estoy dispuesta á complaceros en todo cuanto me mandeis.—¿Cuántas veces habeis frecuentado el castillo?— A punto fijo no lo sé; pero bastantes.—¿De qué medio os valeis para entrar?— Primeramente daba dos golpes y salian á recibirme. A la cuarta vez me mandaron entrar... pero, por Dios, caballero, que nada de cuanto aquí os refiera lo conteis á nadie, pues mi perdicion y la vuestra ero infadible.—Por la cuenta que vos tiene guardaré el secreto; además de que yo soy callado por escelerencia.—Siendo así, corriente. Pues como os iba contando, á la cuarta vez se me mandó entrar. Así lo hice. De lo que la primera vez me pasó yo no os lo puedo decir. ¡Qué salones! ¡qué lujo! ¡qué cosas tan preciosas! ¡qué fiestas tan primorosas! Por último, despues de pisar por infinidad de flores y de respirar la fragancia mas hermosa, el ambiente mas puro, me encontré á la entrada de un saloncito tan pequeño y de tanto lujo, que superaba en mucho á los otros salones. En el centro de él habia recostada una jóven tan bella, tan hermosa, que nunca jamás mis ojos han admirado ni una sola de las mil gracias y galas que aquella posee. Turbada y sin poder definir lo que en mí pasaba, me quede en el dintel de la puerta, cuando la jóven, con una voz tan clara y tan dulce, me dijo: pasad, anciana, y empezad á contarme vuestras penas, vuestra historia. Así lo hice, y despues que concluí mi triste relacion, la hermosa jóven me puso unas monedas en la mano manifestandome quedar cumplidos sus deseos, con lo cual me despedí y salí del castillo. Ahora, si á vos no os molesto, os la contaré.

—Con mucho gusto la escucharé, le contestó el caballero.

—Nada os puedo decir sobre mi nacimiento, prosiguió la anciana, porque nada sé. Cuando tuve alguna edad me encontré en compañía de unos gitanos. Ellos me dijeron que me habian recogido muerta de frío y fiada en unos andrajos en la grada de la puerta de un templo. Unicos datos que he podido recoger sobre mi nacimiento. Educada en su escuela, aprendí á echar la buenaventura y á hacer algunos juegos de manos. Su comportamiento para conmigo era bien funesto, por desgracia. Todos se encontraban con derecho de insultarme, de castigarme. Solo una, la mas anciana de todas, era la única que se compadecia de mi situacion. Ella me aconsejaba, me animaba y me socorria, y hasta me defendia de mis verdugos. Como el alimento escasease, la que pagaba era yo; mas mi ángel protector guardaba algunos restos, y de ocultis me los entregaba. Con semejante proteccion pude resignarme y sufrir los mi disgustos que con su comportamiento recibia á cada paso. Mas fui creciendo, y aquellos cesaron, debido, sin duda, á mis gracias juveniles y á la gran utilidad que yo les reportaba. En medio de esa vida holgazana, y si se quiere perdida, tenia mis placeres. Siempre que me llamaban para decir ó profetizar á algunos lo que les iba á acontecer, sentia un gozo interior que me conmovia, y mucho mas si al retirarme me llamaban, como casi siempre sucedia, hermosa, bonita, preciosa. Sin educacion y sin mando, me llenaba de orgullo, y cuando á mil les auguraba ó pronosticaba que iban á ser felices, á casarse con personas muy ricas, que iban á ser grandes señores, mi imaginacion se exaltaba y me llegaba á creer que estaba destinada para ser una potentada. Cuando mas me buscaban las altas personas, mas crecian mis ilusiones, mis esperanzas de ver cumplidos mis deseos. Así seguia, cuando mi protectora, que estaba mala, me la amó uu dia, y me dijo: Querida, se aproxima á pasos agigantados mi última hora. Como nadie, sino yo, se ha consolido de tu situacion, antes de morir tenga que darte algunos consejos, y deseo (aquí bajó la voz, inclinándose hacia mí) entregarte una joya que no tiene precio. Además, los consejos que tengo que darte son los siguientes: eres jóven, estás en lo mejor de tu vida, y por ningun

título te conviene seguir con esta familia... dije mal, con esta canalla. No creas que ha pasado desapercibida tu belleza, no, no lo creas. Me consta que no es uno solo el que está enamorado de tu figura. Huye, hija mía, de esta gente que no tiene mas ambicion que llegar al fin que se propone; que son como las aves de rapiña, que otro tanto que ven otro tanto desean, y se lanzan á su presa con la mayor ligereza y sin temor de ninguna especie. Hasta que la despedazan... Hija mía, las fuerzas me faltan; no... puedo... proseguir... toma... guárdalo... pues este será tu salvador... En ese papel hallarás escrito lo que debes hacer y las reglas que has de observar, y serás feliz... Adios... ¿No puedo más?... Y apretandome la mano, noté un sudor frio, de hielo, que corria por su cuerpo... sus dedos se crisparon... y la pobre, en un esfuerzo que hizo, quiso continuar hablándome, pero no pudo pronunciar mas que «huye... huye!» y la voz espiró en sus labios; dejaba de existir.

Desesperada con la muerte de mi protectora, tomé una resolucion decidida. Salí de la casa llevándome lo poco de que podia disponer, y desaparecí de entre aquellos seres depravados. Vivi feliz por algunos años, mientras fui jóven. Poco conocedora del mundo y de sus engaños, me conduje como cervatilla que se arroja impávida á recorrer el espacio sin temor y sin comprender que cien cazadores la esperan y acechan para aprisionarla en sus redes. Así me sucedió. Contaros ahora los diferentes amorios y lances que en mi vida ocurrieron, lo creo escusado. Baste decirnos, que dado el primer paso en la carrera del vicio, se da el segundo, y así sucesivamente. Llegué á la vejez, y aunque en mi vida tumultuosa pude haber ahorrado algun dinero, hice demasiado quizá, lo que todas, derrochar, sin tener presente que llegaría un dia en que necesitaria las sobras que de mi mesa mandaba se arrojase á los perros. Hé aquí mi vida, señor.—He quedado muy satisfecho del relato que me habeis hecho; pero dispensadme si os hago algunas preguntas.—Como gustéis.—Me dijisteis que vuestra protectora os habia regalado un talisman.—Es verdad.—¿Y habeis hecho uso de él, ó lo perdisteis?—Ni lo uno ni lo otro. Como no sabia leer ni tenia confianza con nadie, lo guardé. Cuando jóven nada me faltaba; como tal, mi secreto seguia de igual manera. Luego que lo necesité tampoco hice uso de él, porque no encontré un alma que comprendiese la mia, que me fuese fiel. Posteriormente lo he tenido oculto por desconfianza. Pero, por fortuna, cuando creia que muriese conmigo, os habeis presentado, señor. Vuestra generosidad me ha llamado la atencion, me ha conmovido. Y echando mano á un bolsillo, sacó una cajita, y poniéndola en manos del caballero, le dijo:—Os entrego mi secreto. Haced de él uso que mejor os parezca, es lo único que poseo. Y se iba á retirar, cuando el caballero la llamo y la dijo:—Al admitir vuestro regalo faltaria á mi deber si no os recompensase como se debe; primero, admitiendo este bolsillo, con lo que en él se encierra lo pasareis regularmente; y segundo, admitireis esta sortija para que me dediqueis un recuerdo.—Gracias, caballero, Dios os dé toda la felicidad necesaria.



EL SECRETO.



HALLANDOSE solo el caballero abrió la cajita, y después de quitar varios escritos con caracteres incomprensibles, tropezó con un papel, dentro del cual se encontraba una piedrecita azul por un lado y colorado por el otro. Su hechura era plana, como de dos líneas de espesor, seis de largo y tres de ancho. La estuvo reconociendo, y nada de particular tenía. Abrió el papel y leyó lo siguiente:

«El mortal que por su suerte se apodere de esta piedrecita, desde el mismo momento en que la posea puede contarse por feliz y venturoso. Cuanto ambicione, cuanto desee, otro tanto conseguirá... El oro, riquezas y alhajas se pedirán poniendo la parte azul hacia abajo y la colorada al contrario; para las cosas imposibles al revés. Si alguna vez quisiera ocultarse de todos, aunque se halle entre mil personas, no tiene mas que ponerla de lado; lo mismo que si quisiera andar el espacio con la mayor brevedad, se pondrá un poco mas inclinada. Que aprecie en cuanto vale este portento, y nunca lo separe de su lado, pues á su mágica influencia podrá ser lo que quiera, y disponer de todo. Solo encargo al mortal que la posea, que lo legue á su muerte, pues sería una desgracia que este talisman se perdiese. Sed feliz.»

—Pues señor, si es cierto cuanto esto indica, ¿quién mas dichoso que yo? Sin embargo, muy pronto, esta noche lo pondré á prueba. Con esta halagüeña idea pasó el día, esperando con impaciencia á que llegara la hora conveniente para la ejecución de su plan.

Al dar las doce en el reloj del pueblo, toda la gente de la casa se recogió. El jóven caballero se retiró á su cuarto, y cuando observó que todos dormían, sacó su piedra, y puesta en la mano, dijo: Ea, llegó la hora; mi petición, por ser la primera, debe ser, si se quiere, imposible; pero por lo que pueda suceder, armémonos. Dispuesto ya, lleno de ilusion, de esperanza y de valor, pidió el ponerse delante de la Hermosa de los cabellos de oro. En el mismo instante en que hizo la petición desapareció, quedando su habitacion en el silencio mas profundo.



UN SUEÑO.



UNA jóven de dorada cabellera dormía recostada en un sillón que se hallaba en un lujoso gabinetito. Los balconés, que daban á un precioso jardín, estaban abiertos y daban paso á un olor esquisito que despedían mil flores aromáticas y que embalsamaban el aire que respiraba la Hermosa. Todavía se oía el rumor de la música, con cuyo sonido se había adormecido. Por la sonrisa que asomaba á sus labios se comprendía que era feliz. Poco tiempo pasó en esta actitud. El sueño fue desapareciendo y la jóven entreabrió sus ojos. ¿Qué hora será? preguntó; mas nadie respondió. Dirige su mirada al reloj que enfrente y sobre una mesa había; y exclamó: «las doce.» Y volvió á reclinarse, y como por costumbre á cerrar sus párpados. La música seguía, y aquel gabinete no parecía sino la mansión, el templo de la felicidad. Un ligero ruido hizo á la bella volver en sí. Pero cuál sería su asombro al ver á sus pies á un elegante y apuesto caballero, que la tenía cogida una mano, y que fascinado la miraba como si estuviera contemplando una diosa.

La jóven, admirada, creía estar poseída de un sueño en que su imaginación presenciaba una de esas escenas difíciles de esplicar, pero que, sin embargo, nos acontece de vez en cuando. Como una de sus manos la tenía el jóven, que no hacía otra cosa mas que observar hasta sus menores movimientos; llevó la otra á sus ojos con el objeto de desvanecer la sombra fantástica que ella creía la impedía ver lo que en efecto era una realidad. Este fue el momento que escogió el jóven para sacarla de su error.—Señorita, perdonad al jóven temerario, que guiado solo por el deseo de veros, de admiraros, ha tenido la audacia de ponerse á vuestros pies. Sé, señora, que he delinquido; pero sois hermosa, y como tal sabreis perdonar. Mi delito no es otro que, enamorado de vos por oídas, venia á ver si era cierto cuanto de vuestras gracias, de vuestra belleza se contaba. Y juro á fe de caballero, que en nada han exagerado, pues vuestra hermosura excede á todo elogio, y no hay pincel que pueda copiarla, ni labios que puedan alabarla cual merece. La jóven, sobresaltada, le dijo:—Pero es cierto, caballero, que no seais una vision?—Tan cierto, señora, como que vos sois, no un ser humano, sino un ángel. Algun tanto repuesta la jóven, pero con voz muy dulce, pronunció:—Caballero, ¿sabeis en el compromiso en que os hallais y en el que me habeis puesto?—Lo ignoro: al acometer tamaña empresa

l
si
vu
ble
tr

que
este
los

para
te es
allas
neces
renoy
pad
os
lo q

El ca
concl
tes pin
tratos, de
una merce
este retrat

El
ia
ury
ald
e

Sup
este
sol
t-
o,

ues-
á un
; vi-
ida y
nter-
cid-
ajó
que
e? y
lla-
n ca-

un. tabo
que se ha-
ue es de

dia.— ¡Somos perdidos! fue lo que pronunció —El por qué, Tarsila.— ¿Por qué? Ese sonido es el que indica que me prepare para bajar al jardín, y que está para entrar el enmascarado.— Y bien, ¿por qué ese temor?— Por vos, que es indudable que iriais á parar á un calabozo, donde gimen otros muchos solo por ser curiosos y observar lo que en el castillo pasa.— Si por eso es, no tengais ningun cuidado, que aquí conservo un talisman que nos sacará de todos los apuros. Y sacando su piedrecita se la enseñó á su amada, y despidiéndose de ella hasta las doce de la siguiente noche, desapareció de su presencia.

La jóven no pudo menos de quedar pesadosa, pero con la esperanza de que apareceria la inmediata noche, y con ella las horas de una felicidad que jamás habia disfrutado.

El héroe de esta historia pasó el dia tranquilo y entregado al descanso. Durante la comida, Rodrigo dirigió la palabra al caballero, diciéndole: Señor, mi primo Francisco espera vuestro permiso para hablaros de un asunto que os interesa.— Dile que le tiene, repuso el jóven.

—Lo que tengo que deciros, dijo, es cosa que he presenciado esta noche, y que nadie me lo podrá negar. Instigado yo con la idea de lo mucho que os ha interesado cuanto nos habeis oido referir acerca del famoso castillo, me decidí anoche á ver si podria hacer algun descubrimiento que os sirviera de alguna utilidad para cualquier empresa que intentáseis. Al efecto salí de casa resuelto á arrostrar todos los lances que me pudieran acontecer, y serian las ocho cuando me encontraba frente de la cueva, que en otra ocasion referimos, con direccion al castillo, y recorriendo aquellos sitios, veo de pronto una sombra extraordinaria, blanca, muy alta, tanto como la torre del pueblo. Entonces me estremeci un poco, pero agazapado detras de un matorral estuve observando sus movimientos; tan pronto se reducia su elevacion como tomaba mayor incremento. Luego que desapareció empecé de nuevo mi caminata. Como iba marchando á la ventura, llegué despues de mucho tiempo á corta distancia del castillo, cuando sentí el ruido de una porcion de campanillas, ábrese la puerta, sale una serpiente tan enorme y dando unos silbidos que se le metian á uno por los sentidos. Al verla perdí la razon, y ya empezaban á flaquearme las rodillas, cuando sacando fuerzas no pude menos de echar á correr, y sin saber cómo me hallé á la puerta de mi casa, y estoy por deciros que todavía no se me ha pasado el susto.— Muy pronto se os pasará, dijo el caballero, si, como creo, me acompañais esta noche.— ¡Yo!...— ¡Yo!... contestaron uno despues del otro los dos primos.— Si, es preciso, si no, quereis que todo el pueblo os tenga por unos cobardes; y así, tenéis que acompañarme esta noche, pues es mi gusto desenredar esta madeja y averiguar lo que en ese castillo pasa. Con que á disponer lo necesario. Armas ya las tengo. Silencio, y á las siete en punto en esta casa.— A dicha hora todo estará dispuesto, replicó Francisco. Espero que vos nos hareis valiente.— Creo que lo conseguire.

No bien se retiraron los dos primos, cuando Fernando cayó en su lecho con un sueño profundo, fantástico é ilusorio.

—¿Somos perdidos! me lo que pronosticó — El por qué, Tarsila. — ¿Por qué? — Es cierto que me prepare para bajar al jardín, y que está para entrar el empujato. — Y bien. ¿Por qué ese temor? — Por vos, que es indudable que me irás a parar á un calabozo, donde giran otros muchos solo por ser curiosos y observar lo que en el castillo pasa. — Si por eso es, no tengas ningunos cuidados, que aquí dentro en la mano que nos está de todos los agujeros, y sacado en seguida se la cañón á su armada, y despidiéndose de ella hasta las doce de la siguiente noche, desaparecerá de su presencia.

IV.

La joven no pudo menos de dudar bastante, pero con la esperanza de que aparecería la inmediata noche, y con ella las horas de una felicidad que jamás había disfrutado.

El héroe de esta historia pasó el día tranquilo y entregado al descanso. Durante la noche, Rodrigo, diciéndole: Señor, mi primo Francisco espera para hablaros de un asunto que os interesa. — Dijo que le tiene, repuso el joven.

EL RECONOCIMIENTO.

— Lo que tengo que decirles, dijo Francisco, es cosa que he presenciado esta noche, y que nadie me lo podrá negar. Investigo yo con la idea de lo mucho que os ha interesado cuando nos habéis oído decir acerca del famoso castillo, me decidí á hacer algún descubrimiento, que os sirviera de alguna utilidad para cualquier empresa que intentárais. Al salir de casa



ALLABANSE al sonar las siete los tres jóvenes armados en la misma habitación en que los dejamos. — Los caballos, ¿están preparados? — Todo está dispuesto, señor, contestó Rodrigo. — Pues pongámonos en marcha. Y bajando á la cuadra, montaron en los caballos tomando la dirección hácia el castillo.

Después de hora y media de marcha hicieron alto, y echando pie á tierra metieron los caballos en la cueva ya referida. Allí descansaron un rato, y en seguida se dirigieron por el mismo camino que Francisco la noche anterior. Nada de particular les aconteció hasta que llegaron á las inmediaciones del castillo.

El que más se adelantó fue Fernando. Sus pisadas produjeron el sonido que la noche antes á Francisco. La puerta se abrió, y la serpiente asomó la cabeza. Fernando la esperaba espada en mano, y en su izquierda se veía relucir la hoja de un agudo puñal. Los dos primos, como por instinto, al verla se apretaron sus manos temblorosas, y permanecieron por algún tiempo asombrados, hasta que vieron que el joven caballero, cuando se le aproximó el reptil cambió de repente la espada por el puñal, y se arrojó sobre él. Ya le creían muerto los dos primos, cuando aquel se levantó y les dijo: — ¿No veis lo que esto es? una serpiente fingida, que al momento se ha convertido en nada. Espantados miraban alrededor, pero la serpiente había desaparecido.

No habían vuelto de su estupor, cuando se presentó ante sus ojos un bravo y enfurecido toro, que parecía querer arrojarse sobre ellos. Su primera idea fue echar á correr y subirse á alguna de las alturas, pero al ver con el valor que el joven le esperaba se detuvieron. En efecto, Fernando con su espada le acomete, y al ir á tirarle una estocada, el toro se desvaneció como el humo. Por tercera vez se abrió la puerta, ó por tercera vez acometió el joven contra un león que solo el mirarlo horrorizaba. Dos ojos que echaban fuego, un rugido que amedrentaba, y sus melenas encrespadas infundían pavor á cualquiera que no fuese nuestro héroe. Pero él deshizo, como por encanto, semejante vision.

Largo rato esperaron, por si algun otro ser fantástico aparecía, mas nada de nuevo se presentaba. Impaciente nuestro jóven, se adelanta, mas detuvo su paso una voz tan fuerte y áspera, capaz de aturdir al que la hubiera escuchado, y resonaron por los aires las siguientes palabras:—«*Mortal, deten tus pasos, mira que caminas al precipicio, al fin de tu vida. No te quies por tu instinto, pues las consecuencias de tu curiosidad serán el panteon. Medita y obedece la voz de tu destino.*» El caballero exclamó con voz fuerte y sonora:—Mi destino es acometer empresas arduas y difíciles, y salvar á los inocentes que gimen cautivos en esa fortaleza. O me abres la puerta de ella ó teme mi furor. Ya iba á dar al traste con su genio, cuando se abrió de repente la puerta. Infinidad de llamas aparecieron, pero el caballero no se intimidó, y diciendo: *Valientes, seguidme*, espada en mano se introdujo por entre el fuego devorador. Los dos primos iban á seguirle, pero al verle desaparecer, gritó Rodrigo: *Huyamos*, y echaron á correr. Llegaron hasta la cueva, tomaron sus caballos, y el del jóven imprudente, segun ellos decían, y galoparon hácia el pueblo. Dentro ya de la casa de Rodrigo, los dos pudieron respirar, y se retiraron juntos á descansar, porque tal era el pavor que los dos tenían, que no se encontraban seguros si se separaban.

VI.

LAS REVELACIONES.



MANECIÓ el siguiente dia. Se levantaron los dos primos, y contaron a la familia lo que la noche anterior les aconteciera, y la desgracia del jóven caballero que habia muerto por su temeridad. Como el miedo hace ver las cosas por un prisma de aumento, refirieron, abultaron, y tal alarde de valor presentaron, que todo el que hubiera presenciado los hechos, no los habria conocido por lo desfigurados que aparecían.

Las mujeres, que no deseaban otra cosa que el saber para ir á contárselo á todo el mundo, lo confiaron á las vecinas, estas á las otras, y en un momento se difundieron por todo el pueblo las funestas nuevas. Unos por curiosidad, otros por oírlo de la boca de los mismos que lo habian presenciado, corrieron á su casa. En un instante se llenó. Todos se quedaron con la boca abierta oyendo la relacion espantosa, las revelaciones terribles que los dos primos hicieron. Los unos oyendo y los otros contando, y todos reunidos estaban haciendo comentarios, cuando de pronto se percibió la voz de Fernando que llamaba á Rodrigo. Los dos primos se arrodillaron y empezaron á santiguarse, los demas los imitaron.—Señores, dijo Ro-

drigo, recemos un *Pater noster* por el alma del jóven desgraciado cuya voz nos ha venido á recordar que necesita de nuestras oraciones. Concluyeron el rezo, y segunda vez, aunque mas clara, se volvió á escuchar la misma voz.—Todos se sobrecogieron. Hubo un momento de silencio.

Tercera vez se oyó la voz del jóven. Entonces, sacando fuerzas de flaqueza el bueno de Rodrigo, dijo con voz balbuciente y temblona: Alma de tan valiente señor, ¿qué me quereis?—Que vengas, mal mandado, contestó el jóven entrando en la cocina.

Al verle todos se tiraron por el suelo y se cubrieron las caras.—Arriba, señores: ¿qué se creen cuando de tal modo me reciben?—Pues qué, ¿no sois muerto? preguntó Francisco levántándose.—Ya ves que no, cuando aqui me presento. Entonces todos fueron recobrándose y se incorporaron. Llamó el caballero aparte á Rodrigo, y poco despues todos se retiraron, quedándose solos con Fernando.

—Señor, lo estoy viendo y no lo creo, dijo Rodrigo. Creíamos que á esta hora estariais en los profundos, ardiendo no, porque bastante os chamuscariais anoche.—No seais mentecato, todo cuanto presenciásteis no es natural; es debido al talento de un hombre que merecia mejor suerte. Cuando presenciásteis mi entrada por entre las llamas, nada me sucedió; aquel fuego no quemaba. Algun tanto desvanecido por la atmósfera, por el aire que se respiraba, no pude comprender al pronto lo que en mi alrededor pasaba. Repuesto, observé que me hallaba en el centro de un patio lo mas pintoresco, lo mas bonito. Estuve esperando largo rato, cuando se presentó un caballero armado de pies á cabeza.—Jóven temerario, me dijo, ¿estás dispuesto á medir tu fuerza con la mia?—Cuando aqui espero y me encontrais con el acero en la mano, creo que no he venido dispuesto mas que á batirme.—Con todo, antes de dar principio al combate, debo aconsejaros que mediteis lo que vais á hacer. Tiempo es todavía de que os retireis.—Preferiré mil veces la muerte antes que retroceder un solo paso.—Una vez que no quereis dar oidos á los consejos de uno que desea vuestro bien, empecemos.—Empecemos, contesté, y la pelea principió. Poco tiempo duró, porque en un descuido que tuvo le herí, derribandole en tierra. Entonces me aproximé, y viendo que la herida no era grave, le incorporé y dí voces para que vinieran en su socorro. Al punto acudieron, y gracias á una bebida que le hicieron tomar, fue volviendo en sí. Lo primero que hizo fue mirar á su alrededor. Fijó la vista en mí, y apretando mi mano, dijo: «Gracias, jóven, sois, á la par que valiente, generoso con el vencido.» Y le retiraren de aquel sitio.

No habrian tenido tiempo de llegar con el herido á su cuarto, cuando se presentó un caballero armado, y me insinuó por señas que le siguiera. Obedecí, y marché en pos de aquel enviado. Pasamos una galería preciosamente adornada; subimos por una escalera alfombrada y cubiertos sus costados de olorosos tiestos; entramos en un salon que al punto concé seria de armas por el sin número de ellas que de sus paredes colgaban, habiendo en sus rincones trofeos de ellas dispuestos con mucho gusto. Hice alto á instancias de mi conductor, y aquel desapareció. Al poco rato se me volvió á presentar, señalándome la entrada de otro aposento. Comprendí la seña y entré.

Un salon, magníficamente adornado, vino á sorprender mi curiosidad. Muebles esquisitamente contruidos, adornos preciosos, y, sobre todo, una colección de cuadros que cada uno de ellos era una maravilla, aumentaron mi asombro de tal modo, que me creia trasladado á uno de esos salones fantásticos que con tanta gracia nos suelen retratar algunos escritores. Embebido con tan-

to primor, en nada pensaba, hasta que me hizo salir de mi embeleso la voz de otro enmascarado que se hallaba recostado en un sillón. Vuelto en mí, y dirigiéndome al desconocido, le dije: Perdonad, caballero, pero tantas y tan preciosas cosas encierra esta habitación, que cual un niño estaba arrobado contemplándolas.—Estais perdonado. Pero hablando de otra cosa; ¿me hareis la merced de decirme cuál es la causa que os ha inducido á presentaros en este castillo, salvando los precipicios que le circunden, y arrojando todos los peligros que se os han presentado?—Permitidme que antes que conteste á vuestra pregunta, os haga yo algunas que me son de otro punto necesarias para poder acceder á vuestros deseos.—Estais autorizado para hacerlas.—Pues siendo así, con vuestro permiso, empiezo. Decidme, caballero, al entrar en este salón, al estar en vuestra presencia, cómo soy recibido, como vencedor ó como vencido.—Ni lo uno ni lo otro. Como vencedor era muy difícil; porque todavía mando alguna gente, la suficiente para concluir con vos y con otros mas.—Dispensad que os interrumpa; si es que con vuestras expresiones, con vuestro poder y con vuestra gente, creis intimidarme... os equivocais, caballero.—No es mi ánimo hacer alarde de fuerza ni de valor. Pero habeis llegado adonde ningun otro lo ha verificado, y ese heroismo ha sido lo suficiente para llamar mi atención, interesarme por vos, y os suplico que si no os sirve de molestia, os acerqueis mañana á este palacio.—¿A qué hora?—A la que gusteis.—¿Me dais palabra de que me recibireis sin antifaz, pues de lo contrario no cedo en mis averiguaciones?—Os la doy.—Pues siendo así, me retiro. En aquel instante el reloj daba las dos. Fuera del salón, me salió al encuentro mi anterior guía, el cual me acompañó hasta la salida del castillo. Pero cuál fué mi admiración al ver que mi conductor me presentaba un caballo que tenía del diestro otro de los enmascarados, diciéndome: «este es un presente que os hace mi amo y señor.» Gracias, le contesté, y montando me despedí de aquellos criados, reconocí la cueva por ver si en ella estábais, y viendo que no, llegué á casa. Como encontré la puerta abierta, llevé el caballo á la cuadra y me retiré á mi habitación. Hasta que esta mañana, necesitando de vos, os llamé.—Y por cierto que todavía no me ha salido el susto del cuerpo.—Desengañate, Rodrigo, mientras no te se quiten de la imaginación esas ideas que te has creado de fantasmas y visiones, siempre serás un cobarde. Vaya, ahora arrégrame el caballo de anoche, y no te descuides, que tengo que marchar.—Si, yo te ayudaré; con eso veremos el regalo, dijo Francisco, y se retiraron.

El ruido producido por las pisadas de un caballo les dió á entender que el joven se alejaba.



VIII.

LOS SECRETOS.



Tomó Fernando la direccion del castillo, donde se introdujo sin esperar el menor obstaculo, y en el mismo salon que fue recibido la primera vez, en el mismo fue recibido esta otra. El enmascarado, tan pronto como le avisaron que el jóven esperaba, cuando él mismo salió á recibirle.—¿Habeis descansado de las fatigas pasadas?—Sí, señor. Mas, dispensadme si antes de todo os pregunto por la salud del que se batió conmigo. ¿Está mejor?—Sigue felizmente. La herida no es cosa de cuidado.—¿Gracias, Dios mio! Cumplí con el deber de un caballero; ahora me teneis á vuestra disposicion por todo el tiempo que gustéis, con tal que me cumplais la palabra que me disteis.—Antes de hacerlo me permitiréis que os interpele.—Podeis hacerlo.—¿Teneis padres?—Lo ignoro completamente, soy huérfano.—¿Luego debemos creer que ya no existen?—Así lo creo.—Pues bien, juradme, por las cenizas de vuestros padres, que á nadie revelareis los secretos que yo os confie.—Lo juro, pronunció el jóven haciendo la señal de la cruz.—Creo que no sereis perjuro.—Ningun caballero español falta al juramento que hace, ¿entendeis?—Sí.—Y cuando se encuentra con alguno que duda de él, su espada es sola la que suele responder.—Paradros una prueba de lo que por vos me intereso, *hé aquí mi rostro*; y se arancó el antifaz.

El caballero admiró á un anciano de barba blanca, rostro hermoso, delicado, frente tambien hermosa y espaciosa, mirada dulce y cariñosa, si se quiere, en algunas ocasiones severa. Su figura daba á entender lo noble de su cuna, pues á la simple vista se conocia lo mucho que habia sido, y lo acostumbrado que se hallaba á mandar, pero con dulzura, con dignidad.

—Jóven, ya cumplí con mi palabra.—Así es, caballero: preguntadme, que todavia está por ser la primera vez que falte á ella.—Siendo así, tomad asiento, y decidme, ¿cuál fue el motivo de vuestro ataque nocturno?—Señor, ya os dije que era huérfano; de vez en cuando recibo lo suficiente para mis gastos, sin saber quién me lo envia. Cansado de la vida sedentaria, aprendí á jugar toda clase de armas, me equipé y en un caballo salí á recorrer el mundo. Como nunca me cuidaba, dejaba al acaso la direccion de la ruta que debia seguir, ó mejor dicho, mi caballo era la guia y yo iba atendido á su voluntad. La casualidad, como dejo referido, era mi norte, mi estrella. A ella debo tener el gusto de verme en vuestra noble presencia. Dos aldeanos me refirieron escenas tan curiosas, por no decir tan sobrenaturales, que escitaron mi curiosidad, y hé aquí el motivo ó causa de aproximarme á vuestro castillo. Lo demas ya lo sabeis. Ahora me corresponde el preguntaros: ¿estais satisfecho?—En prueba de que lo estoy, voy á referiros mi historia lo mas extractada que pueda.

Este anciano que veis ha sido rey de uno de los Estados mas pequeños que existen, y, sin embargo, el mas floreciente. A los pocos años de poseerle, dije mal, de heredarle, me casé. Al año y medio dió mi esposa á luz una hija tan bella como la madre. Se me habia pasado el decirlo que mi futura fue negada á otro rey mucho mas poderoso que yo, y que sus provincias lindaban con las mias. Queridos y amados de nuestros vasallos disfrutamos dias felices. Mas la desgracia vino á privarnos de la única ventura que en los reinos existe, la paz; pues el rey mi vecino, envidioso de nuestra dicha, puso en estado de guerra bastante número de hombres, y cuando mas descuidados estábamos, entraron por mis Estados á sangre y fuego. Como nunca faltan traidores, hubo algunos ambiciosos que secundaron su plan y le ayudaron, quizá los que mas me adulaban y mas bajezas hacian. Perdí mis pocos fuertes y castillos. Los leales murieron combatiendo, y los malos se pasaron engruesando las filas del enemigo. En tal estado solo nos quedaba un remedio, la huida. ¡La huida! caballero: ¡si supiérais lo que yo sufrí!... Pero, por fin, pudo mas el amor de padre y de esposo que el de defender hasta morir el trono heredado de mi familia. Llegamos á un puerto donde me esperaba un buque; y... ¡oh infamia! Mientras que en una lancha conducia á mi hija, al único refugio, á la nave, se arrojan sobre mi esposa y la hacen prisionera, llevándosela entre la mayor gritería y confusion. Mi primera idea fue abandonar mi hija é ir á defender á mi esposa... mas los pocos fieles que me quedaron me lo impidieron, y partimos. Gracias á una enfermedad que me postró en cama, dejándome sin fuerzas, fue debido el que yo me serenase, de lo contrario, el suicidio hubiera sido el término de mis infortunios. Arribamos por una casualidad á este sitio tan pintoresco é inaccesible, desembarcamos, y entre todos se ayudó á fabricar el palacio en que os he recibido.—Y decidme, caballero, ¿habeis tenido noticia de vuestra esposa, de vuestro reino?—Todo sigue de la misma manera, y mi pobre esposa prisionera.—No estraño, señor, que vuestros cabellos se hayan vuelto blancos, pues los padecimientos que habreis pasado habrán sido terribles.—Solo Dios y yo, que los he sufrido, podemos decirlo.—¿Qué premio daríais, señor, al que os restituyese el trono y os devolviese á vuestra esposa?—¿Qué premio?... ninguno, porque ese es un imposible.—Sin embargo, si uno se hallase que pudiera hacerlo, ¿qué recompensa le daríais?—La que él me pidiese.—¿Confío en que la palabra de un rey es una verdad?—El desconfiar de mí es un ultraje á mi persona.—Perdonadme, señor, tan grande es el favor que os iba á pedir, que temo cuando llegue la ocasion que me lo negueis.—Pues qué, ¿sois vos el que va á tomar sobre sí la responsabilidad de tamaña empresa?—El mismo.—Jóven, delirais... os compadezco.—Dejad de compadecer y respondedme: ¿teneis confianza en mí?—Sí.—Pues dadme los nombres de todos los que fueron adictos.—Venid conmigo á esta pieza inmediata. Y los dos desaparecieron.

Despues de media hora volvieron á presentarse; el anciano decia: ¿Con que dentro de quince dias?—Quince dias. Estad preparados y con las lanchas dispuestas. Solo me resta que por despedida me deis un abrazo.—El anciano abrió sus brazos y le estrechó con efusion diciéndole: *Dios os guie.*

El jóven se desprendió de los brazos del anciano, y este se retiró llorando como un niño.

esta no contestó, sino que le hizo un beso y se marchó al salón donde se halla-
da parte de su gente vestidas elegantemente.
Luego rato tuvieron que aguardar; el ruido de la gente que salía llegó
hasta donde ellos se encontraban. El momento que se presentó dando la mano á
una señora como de unos treinta y cinco años, era el joven Fernando.
Al reconocer á la dama, retiraron todos por donde las señoras. Vió la rei-
nal los dos esposos se celebran en brazos el uno del otro. Decir lo que aquellas
dos almas gozaban; es un imposible para nuestra pluma.

EL REGRESO.—CONCLUSION.

Posteriormente on...
nando á recibir, bendijo á su rey, señor, castaño de joven, he conseguido la
gloria de recomponer el trono que heredaste de vuestros antepasados. Los
pueblos os han aclamado por su rey. Y en prueba de ello os he enviado á sus



NA continuada serie de temores y de esperanzas fue para la hermosa jóven la ausencia de su amante; pero los dias pasaron, y llegó felizmente el tau deseado. Todo en el castillo eran preparativos. Desde por la mañana se dieron órdenes que se ponian en ejecucion en el momento. Las lanchas estaban preparadas para cuando se oyese la señal. Dos centinelas que ocupaban las dos torres del castillo, desde cuyo punto se dominaba aquella parte del Océano, estaban vigilantes esperando ver ó distinguir el punto negro que se observa cuando una embarcacion se empieza á presentar.

Mientras que dejamos cumpliendo con sus deberes á los varios dependientes del castillo, escuchemos lo que pasa en el gabinetito de la *Hermosa de los cabellos de oro*.

Esta se hallaba sentada, y frente á ella el enmascarado.—Y bien, decia la jóven, ¿no me contestais?—¿Qué quieres que te diga? Demasiado debes comprender lo que en mi pecho pasa.—Siempre me decís lo mismo. Estoy decidida; quiero conocer ó, por lo menos, saber cuáles son los autores de mi vida. Este será el único favor que os pida. Concedédmelo, señor, ¿me negareis la gracia que os imploro?

Fuera de sí el anciano, arrojó la máscara con que por tantos años se cubria, y exclamó: ¡Tu implorar en vano por mas tiempo, ángel mio! ¡No! ¡soy tu padre!—¡Vos mi padre! Y la jóven se precipitó en los brazos paternales, que se abrieron para recibirla.

Largo rato estuvieron en esta posicion. Su silencio daba á entender mas que esos gritos, esas expresiones que se emplean para demostrar sus sentimientos, que la mayor parte de las veces son ficticios, falsos.

Repuestos padre é hija, volvió esta á tomar la palabra.—Decidme, querido padre, ¿cr qué habeis guardado tanto tiempo el incógnito?—Ese, hija mia, es un secreto que no te puedo revelar porque no ha llegado la hora.—Y mi querida madre, ¿dónde está?—Ese es otro secreto.—Está visto, señor, para mi todos son secretos.—No, querida mia, muy pronto dejarán de serlo para tí.

No bien concluyó de pronunciar la última sílaba, cuando se oyó la señal convenida de los vijías. Al escuchar la detonacion, el padre pega un salto, arroja la túnica y se presenta en traje de rey.—Abrázame, hija mia, somos felices.

La hija, al ver la transformacion del padre, fue á pedirle esplicaciones, pero

este no contestó, sino que la dió un beso y se marchó al salon donde se hallaba parte de su gente vestidos elegantemente.

Poco rato tuvieron que aguardar; el ruido de la gente que subia llegó hasta donde ellos se encontraban. El primero que se presentó dando la mano á una señora como de unos treinta y ocho años, fue el jóven Fernando.

Al reconocer á la dama, gritaron todos quitándose las gorras: ¡Viva la reina! Los dos esposos se echaron en brazos el uno del otro. Decir lo que aquellas dos almas gozarian, es un imposible para nuestra pluma.

Posteriormente entraron todos los vasallos leales que acompañaron á Fernando á rendir homenaje á su rey. Señor, exclamó el jóven, he conseguido la gloria de reconquistar el trono que heredasteis de vuestros antepasados. Los pueblos os han aclamado por su rey, y en prueba de ello dignaos recibir á sus embajadores. Pasad, señores.

El rey los admitió, y en un breve y enérgico discurso les dió gracias, prometiéndoles paz, ventura y felicidad, con cuyas palabras quedaron todos satisfechos; y dirigiéndose á Fernando, le dijo:—Jóven, el rey manda que pidais la recompensa de vuestros servicios.—Señor, nada valen en comparacion de lo que tengo que pedir á V. M.—Pedid.—La mano de vuestra hermosa hija.—¿Y sabeis si ella admitirá?—La hija del rey admite, con el beneplácito de sus padres; pronunció la jóven presentándose en el salon.

Despues del conocimiento de la madre y de la hija, la reina habló:—Yo abogo desde luego porque se le conceda su mano, pero sin la aprobacion de mis nobles y vasallos nada decidiré.—Señores, gritó el rey, vosotros habeis presenciado los méritos en este jóven, ¿aprobaís esta eleccion?—Sí, contestaron todos llenos de entusiasmo.—Pues Dios os haga felices.—Resta solo pedir os un favor, gran señor, dijo Fernando.—¿Y cuál?—Que se pongan en libertad cuantos cautivos existan en el castillo, en celebridad de tan fausto día.

El rey dió la órden, y al poco rato quince infelices se retiraban contentos y satisfechos con su libertad. Notó Fernando que uno de ellos llevaba un relicario que le llamó la atencion, y le dijo: caballero, ¿quién os dado esa joya?—¿Quién?... nadie... es mia...—¿Vuestra?—Sí, señor; ¿por qué me haceis esa pregunta?—Porque tengo yo otra igual, miradla: y se la presentó al caballero. Despues de reconocerla, exclamó:—¡Ah! no hay duda, es... ¡Mi hijo!! y los dos se abrazaron.

El rey interrumpió el silencio consiguiente á tan raro reconocimiento, preguntando:—¿Y quién sois vos, caballero?—Yo soy el conde de Castilla, y este mi hijo.—Pues yo soy el rey de... Al mismo tiempo, tengo que deciros que vuestro hijo será mi heredero, pues se casará con mi hija. ¿Dais vuestro consentimiento?—Con el mayor gusto.—Pues acompañadnos á tomar posesion de mi trono, y luego despues de verificado el matrimonio de nuestros hijos, partireis para vuestros estados.

A los dos meses se verificaba en uno de los templos de la capital de... el enlace de la hija del rey con el jóven Fernando. El pueblo los recibió con las mayores muestras de cariño y gratitud.

Los jóvenes esposos vivieron felices y venturosos, heredando á la muerte de sus padres el trono que estos les dejaron.

FIN.